

## Entre la espada y la pared: ciudades en medio de la «nada»

La indiferencia hacia el espacio y la preferencia por el tiempo manifestadas por los historiadores no provienen sin embargo de una elección consciente, metodológica o doctrinal. El olvido del espacio es, antes que nada, una facilidad técnica. En efecto, el tiempo es una dimensión lineal, que define perfectamente una variable numérica simple: la fecha. El espacio terrestre no es una dimensión, sino dos (Todd, 1995: 24).

El segundo país más extenso de América del Sur es Argentina. Una cuarta parte de este país está ocupado por una llanura conocida como *pampa*. Un estado provincial de este país se llama *La Pampa*, pero no toda *La Pampa* es la *pampa*. La capital de este estado provincial, es la ciudad de *Santa Rosa*.

En 1986 llegué a Santa Rosa desde Buenos Aires para trabajar en la universidad e investigar. Hasta ese momento, *la pampa* sólo había sido para mí un lugar de paso o un «no lugar», en términos de Marc Augé (1993) hacia la cordillera, un mundo imaginado de grandes extensiones desiertas, inabarcable, vacío y diametralmente contrapuesto al húmedo litoral rioplatense, denso, urbano e industrializado. Un colega de la universidad en Santa Rosa me comentó al respecto.

«Cuando te adentrás [te internas] en el Oeste, ahí es cuando ves lo grande que es la pampa.»<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Entrevista a EV.

Santa Rosa, de hecho, era en realidad *Santa Rosa-La Pampa*, una asociación casi inconsciente que me venía a la mente al enumerar una a una las capitales de provincia de *nuestra República* en las lecciones escolares de geografía. Sólo recordaba, de anteriores viajes, una ciudad atravesada por el viento y la arena y un taller del Automóvil Club Argentino en el cual parábamos para reabastecernos de camino hacia la cordillera en las vacaciones de invierno.

La *Pampa*, asociando el nombre provincial de *La Pampa* a la *pampa*, debía ser, suponía, un mundo ganadero y rural *dependiente de Buenos Aires*, que tendría que ver con el gaucho, las vacas y el «ombú», ese árbol mítico que después supe inexistente entre los propios pampeanos, algo que muchos de ellos aclaran inmediatamente al recién llegado. Instintivamente, recuerdo, vinculaba la ruralidad, las grandes extensiones ganaderas y las verdes pasturas donde «debería» estar presente aquel árbol que todo argentino (posiblemente, todo porteño) recuerda misteriosamente a partir de una difundida poesía (y no de haber visto nunca el árbol):

Buenos Aires, patria hermosa;  
tiene la pampa grandiosa;  
la pampa, tiene el ombú.<sup>2</sup>

Con el tiempo y en cuanto empecé a vivir entre los santarrosenses descubrí que, al contrario de mis suposiciones, me encontraba en una sociedad urbana compleja. Una ciudad con un orden planificado, un conjunto de servicios de mantenimiento público que significaban una contribución económica permanente, una circulación dinámica de bienes y servicios y un mundo construido que difícilmente podría considerar un «no lugar». Además, presenciaba una vida social articulada, de fuertes pugnas, de discursos entrecruzados de política partidaria, de debates difíciles, complejos, de narraciones retrospectivas. Unas aspiraciones socioeconómicas y de estándar de vida muy por encima de concentraciones urbanas de envergadura.

También comencé a reconocer que poco había conseguido desterrar de mi mente las representaciones que, antes de conocerla,

<sup>2</sup> Domínguez, L. 1843. *El ombú*.

tenía de *Santa Rosa* y de *La Pampa*. Salvo el «ombú», que no veía por ninguna parte y que al poco tiempo me convencieron de que dejara de buscar, seguía creyendo en todo lo que creía antes de llegar, en lo que había supuesto, vivido esporádicamente de pasada por el lugar, o en lo que había escuchado decir en Buenos Aires.

¿Tenía que ver con mi propia experiencia? No parecía; de hecho no era la ciudad que yo vivía cotidianamente. Mi impresión era, en cambio, que existía una yuxtaposición de referencias (textos, imágenes, monumentos) que resultaba, a la hora de definir *La Pampa* y *Santa Rosa*, en una suma de estereotipos, clichés, palabras, dichos, pequeñas historias de ruralidad, dependencia con el mundo agropecuario, de marginalidad, escasez, sumisión, lejanía y pobreza. Fui descubriendo que, desde en el mismo escudo de la provincia, hasta en los nombres de las calles y monumentos, existían referencias, o bien a una excluyente ruralidad, o bien a una permanente marginalidad. ¿Con respecto a qué? ¿A qué se debía ese contraste? ¿Cuánto de personal y cuánto de colectivo tenía que ver con su difusión? ¿Cuán reciente y cuán local sería su origen?

Durante mi vida entre los santarroseños comprobé que es difícil imaginar el momento en el que la historia espacial local de la llanura fue independiente de la historia de Buenos Aires. Como en otras ciudades de América Latina, la forma de ordenamiento y de concepción del espacio que los santarroseños llevaron a cabo ha sido, también, la que se distribuyó desde otra ciudad. Como bien lo sugieren algunos estudios antropológicos, es necesario remontarse a los pueblos seminómadas para que, en el caso de la llanura rioplatense, pueda apreciarse una concepción del tiempo y del espacio distinta a la que Buenos Aires estableció y difundió. También es cierto que en la época en la que el mundo colonial rioplatense giraba en torno al Alto Perú, parte del espacio de la llanura se pudo especificar de manera distinta. Sin embargo, esto dejó de ser cierto, al menos, a partir de la segunda mitad del siglo XVIII. A partir de ese momento, Buenos Aires organizó la llanura, le especificó una función y escribió una historia sobre ella.

La historia de la ciudad está ligada a la historia de la llanura, y la historia de la llanura se remonta, en su antigüedad más lejana, a un sólo punto, el nacimiento y la fundación del puerto de Buenos Aires. Los referentes de la ciudad son aquellos que la historia de la,

primero, capital del Virreinato del Río de la Plata y, luego, capital de la nación, fijó en la memoria y, junto con los referentes, una concepción general del espacio, su distribución, su temporalidad y, especialmente, su categorización.

Frente al peso de la densidad histórico-cultural de Buenos Aires ciertas actitudes de connotación de los ámbitos no son nimiedades imperceptibles: que las columnas de alumbrado de la Plaza de Santa Rosa sean las mismas que las de las plazas de Buenos Aires o que la sede del Gobierno local fuese diseñada por técnicos porteños, es una forma de la jerarquización, de *unir* la suerte de Santa Rosa a la de Buenos Aires. Pero esta búsqueda de jerarquización, vinculando Santa Rosa con la capital del país, se expresa también como una «injusticia». ¿Esta «injusticia» que *se dice* en Santa Rosa, formará parte del ethos urbano santarroseño o será sólo una expresión superficial?

Puede sospecharse que esta forma de jerarquizarse extralocalmente indica otra cuestión más importante. Se trataría de la adscripción que ese espacio representado, controlado, utilizado para los fines locales de la élite de Buenos Aires —que, históricamente, y como en toda Latinoamérica, también han sido extralocales a ella misma, es decir, en último término, ultramarinos—, produjo en ciudades como Santa Rosa. En definitiva, podría tratarse de una cuestión de identidad: «santarroseño», «pampeano», ¿qué significó y qué significa en la llanura rioplatense? Sin embargo, este problema escapa a los límites de este trabajo y, de hecho, no creo que la aproximación que se realiza aquí pueda explicar un fenómeno tan complejo y que puede ser abordado de tantas maneras a la vez. En esta versión de mi trabajo de campo en Santa Rosa me he centrado en las posibles conexiones de cómo el espacio se representa y cómo se construye, sin desconocer que, detrás de estas cuestiones, pueden subyacer otras muy importantes, como la de la identidad urbana.

Es el uso de la lengua un patrón básico que algunos antropólogos parece que hemos acordado, en la historia de nuestra disciplina, para vincular la pertenencia y la localización espacial con un pasado común (Helweg, 1996: 357-372). Por esto este trabajo basa su estructura en las *palabras* que los santarroseños usan a través del tiempo para explicar y definir Santa Rosa con relación

al lugar que ocupan y, más que en las palabras en sí mismas, el orden que se les dan y los distintos significados con que fueron utilizadas y en algunos casos siguen siendo utilizadas en la práctica hoy en día.

Las dos principales técnicas de trabajo de campo utilizadas en este trabajo son la observación participante y la entrevista, complementadas ambas con el análisis narrativo documental, especialmente de la prensa escrita. La elección de estas técnicas obedece a mi intención de mantener las voces locales y mostrar esa yuxtaposición, ese mosaico de sentido que se crea en la práctica y en la acción en Santa Rosa entre lo escrito, lo hablado y lo que se dice recordar que se escribía y decía en el pasado a partir de su testimonio en el presente. De allí que en este trabajo se citen, además de las entrevistas, fragmentos de textos periodísticos, textos literarios, manuales escolares usados en Santa Rosa, conmemoraciones, debates municipales y mis propias notas de campo. La idea de este enfoque es la de tratar de ver la ciudad, no como una organización formal, sino procurar entenderla como multi-organizacional (Czarniawska, 2002: 4), un espacio resultante de la pugna discursiva y de la interpretación y materialización física del pasado y del presente.

El enfoque y la aproximación aplicada obedecen a la comparación permanente desde la perspectiva definida por Strauss y Corbin (1990) en su teoría de campo. De allí que las unidades del discurso y las prácticas sociales en la construcción de la ciudad por parte de los santarroseños son el resultado del análisis y no el punto de partida de este.

Un ejemplo de ellos es la insistente jerarquización extralocal —*unir*, a través de un discurso urbano, Santa Rosa con Buenos Aires, algo omnipresente en los santarroseños— lo que puede sugerir también otros temas que sólo quedan esbozados en este trabajo. Por ejemplo, ¿cómo habrá incidido esta *forma de decir el espacio* cuando Santa Rosa se transformaba debido a los cambios administrativos, económicos, políticos y demográficos que modificaban la llanura? Incluso cuestiones derivadas de esta investigación podrían dar pie a futuras líneas de trabajo. En caso de que se pueda comprobar que haya existido una permanente referencia a Buenos Aires y a la pampa a la hora de hacer referencias a Santa

Rosa, convendría estudiar los mecanismos por los cuales esta sociedad se pensó a sí misma de manera original, o si tuvo alguna participación en la decisión acerca de su porvenir. De hecho, y a la vista de la consolidación de Santa Rosa como una ciudad compleja y dinámica, ¿hasta qué punto puede decirse que una presunta referencia permanente a otros espacios para su propia definición —si se comprueba que esta referenciación hubiera existido— ha sido una desventaja para Santa Rosa?